

PRIMERA PARTE

1

El tren llegó a mediodía, por aquella época la ciudad era pequeña y estaba llena de cuevas. Al bajar del vagón, sintió cómo el frío húmedo le penetraba apresuradamente los poros de la piel. En un movimiento instintivo, se pasó todos los botones de su abrigo de lana por los ojales ayudándose de los dedos de ambas manos y se ciñó la parte próxima al cuello para cubrirse la garganta. Después echó a andar por el andén con pasos muy cortos y seguidos como si tuviera mucha prisa por llegar a algún sitio concreto. De su mano colgaba una maleta de cuero liviana como una pluma que contenía las pocas pertenencias que Cándido poseía y había traído consigo. A su lado caminaba otro hombre tratando de seguirle el paso.

Los zapatos de Cándido, negros, cerrados y con cordones, estaban más limpios que los de su acompañante. Los trasladaban, habían leído en sendas cartas, a Cándido desde Valladolid y a su compañero desde Palencia; se habían conocido en el tren. El hombre era cinco años mayor que Cándido, estaba casado y tenía dos hijos. Su familia vendría en unos meses cuando pudieran alquilar un piso para los cuatro. De momento se quedaría en la misma pensión de la calle Argentina donde iba a hospedarse Cándido.

En la estación esperaba el capataz, que los recibió con una sonrisa y la expresión de alivio al ver cumplidas sus expectativas con aquellos dos hombres jóvenes, preparados y ansiosos por trabajar. Al lado del capataz había otro hombre de corta estatura al igual que Cándido. Era el Jefe de Estación. Los condujeron a una oficina donde recibieron instrucciones sobre el trabajo que iban a desarrollar y les dijeron que volvieran a la mañana siguiente, a las siete. Después les suministraron unos trajes de obra limpios de talla media que Cándido tendría que arremangar por las muñecas y enrollar dando tres vueltas en la parte de los tobillos. Cándido cogió su uniforme y sonrió al mozo almacenista que se lo ofrecía revelando la expresión que más repetiría a lo largo de su vida. Por último, les explicaron brevemente cómo llegar a la pensión. «Es muy fácil, está muy cerca, tenéis que subir por ahí, luego girar a la izquierda y después a la derecha», dijo el capataz señalando con las dos manos hacia lo alto de una colina salpicada de casas.

Los dos hombres pusieron rumbo entonces hacia la calle Argentina siguiendo las indicaciones que les habían dado en la estación. Su nuevo hogar se situaba en la ladera sur de aquella colina desde donde se veían las vías de los trenes. Esa iba a ser la casa de Cándido durante casi tres años hasta que se fuera a vivir con Feli al piso de su suegra.

La puerta de la calle estaba entreabierta y tenía pegado un pequeño rótulo de plástico en el que se leía «PENSION» en letras mayúsculas, negras, y sin acento en la «o». Al entrar, sonó una campanilla colocada por encima de la puerta.

Doña Fernanda, la dueña de la pensión, era una mujer joven pero de aspecto frágil y huesos sonoros al andar. Los recibió en lo alto de la escalera con un pasamanos sencillo, ambos de madera y sin barnizar. Era viuda y había convertido su casa en una residencia de huéspedes tras la muerte temprana de su marido que había sido ferroviario. La casa, de dos pisos, la habían comprado ella y su marido con el dinero de una herencia de la familia de ella. Doña Fernanda vivía en la planta baja y alquilaba tres habitaciones, dos de ellas dobles, en el piso superior. Sus huéspedes solían quedarse temporadas largas, casi todos eran ferroviarios. Doña Fernanda los dirigió a la habitación que compartirían para que dejaran sus maletas y después les enseñó dónde estaban el baño, el cuarto de estar y el comedor, que se encontraban en la planta baja. Pasaría a recoger la ropa sucia una vez a la semana. El desayuno se serviría de cinco a siete de la mañana y la cena a las ocho y media de la tarde. Si se ausentaban para cenar, por favor, debían decírselo con tiempo para calcular cuánta comida hacer.

Cuando terminaron las explicaciones, los dos hombres subieron de nuevo a la planta superior y se quedaron solos en su habitación. Cándido nunca había visto el mar y le preguntó a su nuevo amigo si quería acompañarlo a dar un paseo antes de la cena pero este, falto de interés y cansado tras la sobrecitación del día, le dijo que se iba a echar un rato, que no tenía tanto fuelle como él, aunque tampoco había visto nunca el mar. Mientras su compañero hablaba, Cándido se había quitado el abrigo, los

zapatos, y estaba deshaciendo su maleta. Doblaba y guardaba cuidadosamente la ropa en uno de los dos armarios de madera con un espejo en forma de media luna. Aunque lo hacía de forma delicada, sus movimientos eran rápidos y seguros. Su compañero, tumbado en la cama, observaba con los párpados entrecerrados cómo Cándido se movía ágil y hacía sus labores con premura y minuciosidad. Cuando terminó de guardar las cuatro cosas que tenía en el armario, se paró un momento a suspirar. Luego volvió a acelerarse, se quitó la camisa blanca y la camiseta interior de algodón sin mangas para cambiarla por otra idéntica, pero limpia y bien doblada, que acababa de guardar en el armario. Con la misma rapidez, se puso la misma camisa blanca que había traído durante el viaje y los zapatos negros, sus únicos zapatos, que cuidaba con esmero desde que los compró tres años antes cuando entró a trabajar como operario en las vías del tren con diecinueve años. Después se colocó el abrigo, lo abrochó bien, cogió la boina, y salió de la habitación sin hacer ruido aunque habría hecho falta que pasara una máquina de vapor a toda velocidad para despertar a su compañero que había caído en un dulce coma.

Al cruzar la puerta de la calle, el viento frío lo azotó en la cara y le levantó los pelos de la línea del bigote. Desde que le había salido la primera pelusilla con trece años, Cándido había estado trabajando su bigote. Lo cortaba, lo perfilaba y en dos ocasiones se lo había afeitado para que el pelo creciera con más vigor. Era una recomendación de su abuela, que había estado observando a su marido durante muchos

años. Cándido nunca lo había conocido porque murió joven, de un ataque al corazón por levantar demasiados sacos de patatas, o eso decía su abuela. Su abuelo, también había llevado bigote y lo tenía muy espeso gracias a que cuando era un chaval se lo había afeitado tan solo dos veces, y desde entonces nunca más. Así que Cándido había seguido el consejo de su abuela después de escuchar esta historia, aunque sin total convicción. Su bigote, en aquel instante, era una línea fina situada en el punto medio entre el labio superior y su tremenda nariz.

El reloj de su muñeca marcaba las tres y media. Todavía le quedaban unas cuantas horas de luz al día. Enfiló la cuesta de la calle Argentina hasta llegar a la calle Alta. Viniendo de un pueblo de Castilla, Cándido estaba acostumbrado a andar por terreno llano y era esa la primera vez que subía una cuesta tan empinada. Al llegar arriba se paró jadeante, se dio la vuelta, y contempló la vista de la bahía con las montañas al otro lado. Pensó que el mar no era tan grande como le había dicho su madre. «Es tan inmenso que no se puede abarcar con una sola mirada», le había explicado ella. También su maestro en la escuela le había hablado del mar y de las olas que se movían haciendo círculos en el aire hasta ser frenadas por la arena de la playa, una tierra fina, casi como los polvos de talco. Sin embargo, ni su maestro ni su madre habían visto el mar con sus propios ojos. Al maestro se lo habían contado los libros y a su madre, un hombre mayor del pueblo que había hecho una vez un viaje habiendo visto el mar Cantábrico, que decía, era de un azul muy oscuro. Ese

hombre había muerto mucho antes de que Cándido naciera.

Cándido era el mayor de seis hermanos y el único que había nacido con suerte según su madre. Tras largas horas de espera, tumbada en la cama de su pequeña habitación, su madre había dado a luz a su primer hijo acompañada de la abuela de Cándido. «Este niño es una bendición del cielo. ¡Nació en el zurrón!», había exclamado la abuela al sostener en sus manos la bolsa amniótica casi intacta que contenía a su nieto. En el pueblo, Cándido tuvo una infancia feliz junto a su familia hasta que estalló la guerra. Su madre, Martina, hacía las labores del hogar y cuidaba de cada hijo que iba trayendo al mundo de forma ordenada. Su padre, Zósimo, tenía algunas tierras y se ganaba la vida de manera sencilla. Cándido, por ser el mayor, lo ayudaba con el arado. Tenían una plantación de patatas, otra de trigo. Pero cuando empezó la contienda, eso no fue suficiente. Las ganancias de las cosechas no daban para sostener a toda la familia, y tuvieron que emigrar a la ciudad. Se trasladaron a Valladolid que no estaba muy lejos. Desde allí seguirían ocupándose de sus tierras y los cultivos con cada estación y podrían encontrar otras oportunidades. Además estaba lo de su hermana pequeña, que precipitó su marcha a la ciudad.

En la ciudad, Cándido continuó con sus estudios hasta acabar el bachiller y por las tardes trabajaba en un pequeño cine con su padre. Él se ocupaba

de acomodar a las personas en sus asientos, su padre era quien vendía las entradas en la taquilla.

Acostumbrado a la sequedad del clima de la meseta, Cándido notaba los pulmones como si fueran dos esponjas al llenarse de ese aire licuado que le entraba ligero por los grandes orificios de su nariz al mismo ritmo con el que avanzaba hacia la costa. Pasó por el centro de la ciudad, que se encontraba en obras. Había leído en los periódicos que estaban reconstruyendo el casco viejo con un plan de urbanización, aparentemente muy ambicioso, concebido por el gobierno tras el gran incendio que había asolado dos años antes las calles más antiguas de la ciudad y había afectado a gran parte de sus gentes, destruyendo casas y comercios.

A medida que se acercaba a la bahía, el cielo se iba cubriendo de nubes que se peleaban por ser las primeras en llegar. Cuando alcanzó el muelle se asombró al descubrir los diferentes colores del mar. No es azul oscuro, pensó. Distinguió diversos tonos de grises, verdes y azules. Enfrente de la bahía estaban los grandes montes que había avistado desde el punto más alto de su calle, y algunas casas distorsionadas por la distancia. Cándido se preguntó qué lugar sería aquel al otro lado del mar. Su maestro le había dicho que el mar rompía en la tierra formando olas, que eran bucles de agua, y que junto al mar estaba la playa con arena, una tierra yerma. Anclado al muelle de piedra, él no veía nada de eso. Ni olas, ni arena. Únicamente un mar dormido

de muchos colores que terminaba a tan solo unos cientos de metros con otros montes.

—Perdona —dijo Cándido interceptando a un transeúnte de pasos torpes con un abrigo cerrado que le llegaba hasta los tobillos. El hombre mayor interrumpió su paseo y lo contempló intentando reconocerlo—. ¿Me puedes decir dónde están la playa y las olas? —preguntó Cándido dando muestra de su ingenuidad.

El hombre entendió que era un forastero.

—Hoy el mar está tranquilo, joven, pero si quieres ver la playa y las olas tendrás que caminar lejos, más allá del Palacio de la Magdalena —dijo mientras levantaba el brazo y señalaba al fondo con el dedo—. Aquí, en la bahía, las olas no rompen con fuerza porque la mar entra mansa —aclaró el hombre al recién llegado.

Cándido le dio las gracias efusivamente y se encaminó hacia donde el hombre le había indicado con el brazo. Pasó por una dársena que estaba llena de botes y traineras de pesca atracados al muelle. El viento había parado de improviso y Cándido se sintió más a gusto en su paseo. Las pequeñas embarcaciones descansaban mecidas suavemente por la marea. Era domingo.

Anduvo largo rato por un paseo que iba dando vuelta a la bahía. Por fin, vio un llamativo edificio de piedra que coronaba una colina en medio de una península y supuso que era el palacio al que se había referido el hombre. Ahora, las nubes dejaban caer una lluvia muy fina y constante que Cándido apenas había notado durante el camino. Al llegar a

la playa se dio cuenta de que su abrigo y sus pantalones estaban empapados, y su boina completamente calada. El aroma del agua salada se hizo más intenso. La playa, a la que las olas embestían incessantes, era más pequeña de lo que se había imaginado pero el mar era inmenso, tal y como le había dicho su madre. Cerca del acceso a la playa un grupo de jóvenes estaba asando unas sardinas. Pasó junto a ellos y le vino un olor fuerte a pescado que se le metió hasta las entrañas. Cuando puso un pie en la arena, se le hundió, y Cándido se asustó por un momento como si se le fuera a tragar la tierra. Después continuó con el otro pie y se aseguró de que no había peligro presionando fuerte con las suelas de sus zapatos. Se agachó y cogió un puñado de arena con su mano diminuta; la arena era tan fina que se le escapaba entre los huecos de los dedos. Miró a ambos lados mientras se levantaba de nuevo, allí solo estaban él, los cinco jóvenes asando sardinas y otro hombre a lo lejos sentado sobre un montículo de arena, observando el mar. Siguió caminando, acercándose cada vez más a la orilla que estaba llena de rocas, unas más grandes que otras. Una de ellas tenía forma de animal, una especie de caballo sin la crin y algo encorvado.

Cándido pensó entonces en su hermana, Milagros. Ella habría disfrutado mucho de aquel lugar. Se habría querido meter en el agua, lanzarse a la aventura con él. Cuando Cándido y sus hermanos volvían de la escuela, ella, que era demasiado pequeña para poder ir al colegio, los esperaba en la puerta de la casa, sentada en el poyete de la entrada junto a los

tres perros y el gato que tenían. Los perros, un mastín mayor que se pasaba el día durmiendo, y dos perros más chicos, madre e hijo, de raza indefinida, seguían a la niña a todas partes. Cuando veía a sus hermanos llegar por el camino que iba a dar a su casa, Milagros gritaba y los perros ladraban formando una gran escandalera. La niña saltaba y se agarraba al cuello de Cándido y este la daba vueltas como un tiovivo. Después la subía a lomos del mastín, que se dejaba hacer de todo como si en realidad estuviera deseando ser el centro de todas las atenciones, e imaginaban que Milagros galopaba en su caballo blanco sin crin inventando mil y una historias.

Todo había cambiado muy deprisa desde que ella se marchó. El día en que la bomba cayó en el corral, Cándido y sus hermanos estaban en la escuela. Martina acababa de salir del gallinero dejando a Milagros allí para ir a llevarle unos huevos a la vecina. Zósimo estaba en el campo. Los perros, esperaban a la niña impacientes tras la verja del corral y fueron los únicos testigos de lo sucedido.

La bomba no tenía un blanco fijo, explotó en el corral de la familia de Cándido como podía haber estallado en el de los vecinos o en la plaza de la iglesia. Era verano y hacía calor seco castellano. Milagros, que tenía cinco años, estaba jugando a perseguir a las gallinas corriendo de un lado al otro del corral. Cuando la bomba tocó el suelo y explotó, dejó un gran socavón en la tierra con algunos restos de las gallinas y de la niña diseminados. Martina, al ver aquella zanja y la mezcla de sangre, plumas y carne, tuvo que entrar corriendo dentro de la casa

agarrándose fuertemente el vientre con la mano. Se sentó en una silla y no se movió de allí durante cinco días completos. No comía, no bebía, no hablaba. No lloraba. Tenía los ojos fijos en el suelo y quien se acercaba a mirarla podía apreciar a través de su cara el horror de lo que había presenciado. Entretanto, su marido y Cándido limpiaron el corral, taparon el hoyo con tierra, y pusieron una cruz en un lado, junto a la verja, y flores alrededor. Se hizo una misa sin cuerpo presente y más tarde enterraron los restos que eran claramente de Milagros y no se podían confundir con los de las gallinas. Martina no asistió a aquella misa porque aún estaba petrificada en la silla de la cocina. Al mes, el cura propuso hacer otra misa de recuerdo. Acudió todo el pueblo, esta vez también fue Martina. Desde entonces, nadie hablaba de aquello y cada uno cerró su herida como pudo.

Cuando se mudaron a la ciudad, el recuerdo de Milagros se quedó dolorosamente postergado en la memoria de Cándido, preocupado por sobrevivir no solo a las bombas sino también al hambre de aquellos días, semanas y meses. La escasez de alimentos era tal que Cándido y su hermana Tere, que era la más mayor después de él, acompañaban a su madre a lugares donde tenían que esperar largas colas hasta que les llegaba su turno para conseguir comida. Si había suerte, compraban dos docenas de huevos, un saco de harina y una bolsa de patatas. La leche era un lujo, y el pan se volvió negro. Algunos panaderos empezaron a hacer pan de maíz que, a Cándido más adelante le recordaría a esos tiempos y preferiría el de trigo para no tener que rumiar los recuerdos.

En el cine, había una película al día; Cándido no ganaba mucho. Pronto se enteró de la posibilidad de entrar a trabajar en la Compañía de los Caminos de Hierro del Norte, que dos años después de la guerra pasaría a formar parte de la Red Nacional de los Ferrocarriles Españoles, o más comúnmente llamada la Renfe. Estaban contratando a hombres jóvenes para trabajar como operarios en las vías. Cándido en seguida se presentó y consiguió el trabajo. Pasó unos meses en Valladolid y luego lo llamaron a filas para hacer el servicio militar en Palencia. A la vuelta, trabajó un año más en Valladolid y finalmente lo destinaron a Santander.

Cándido se había sentado en la arena junto a la orilla enfrascado en sus recuerdos. Las gotas de lluvia flotaban en el ambiente. Se quitó los zapatos sin deslazar los cordones, seguidamente los calcetines, que introdujo dentro de uno de los zapatos. Metió los pies debajo de la arena, estaba fría, y la capa inferior era más compacta y húmeda.

Unos pocos rayos de sol se colaron entre un claro que habían dejado las nubes bajas y fueron directos a parar a la franja de mar que Cándido tenía frente a él. Se levantó fascinado por aquella visión. Se acercó más a la orilla e intentó atisbar qué había bajo el agua pero el reflejo del sol en la superficie del mar le nublabla la vista. Sumido en un trance repentino, Cándido se empezó a desvestir motivado por descubrir qué podía haber allí abajo. Se había formado medio arcoíris en el punto justo donde la

luz traspasaba las pequeñas gotas de agua de la llovizna, que estaba amainando y pararía por completo unos minutos después. Cándido se quitó la boina, el abrigo, los pantalones y la camisa. Se quedó con la ropa interior, unos calzoncillos blancos de tela y la camiseta de algodón limpia que se había puesto en la pensión. Dejó sus cosas apiladas en un pequeño montón sobre la arena. El grupo de jóvenes estaba comiendo y hablaba distendidamente sin prestar atención a lo que ocurría a su alrededor. Cándido se acercó a la orilla caminando hasta que tuvo el agua por los tobillos. Sintió como si muchos alfileres se le clavaran a la vez en los dedos y los empeines de los pies. El agua, acababa de pasar por el duro y frío invierno del mar Cantábrico. Cándido ya había experimentado esa sensación antes, cuando se bañaba con sus hermanos y otros niños en el arroyo cercano a su pueblo en verano. Solían sacar guijarros y palos que habían caído de los árboles adyacentes. El agua corría helada pero no caudalosa. No había ningún lugar donde no se hiciera pie. Cándido siguió avanzando, dirigiéndose hacia la línea del horizonte. Cuando el mar lo cubría por la cintura, vino una ola. Cándido la intentó atravesar con su cuerpo, sin embargo, esta se lo tragó con fuerza. Al salir de nuevo a flote, estaba tan excitado que no pudo más que reír a carcajadas contemplando la orilla que no estaba más que a dos metros de distancia. Los chicos seguían enfrascados comiendo sardinas y riendo despreocupados. Cándido los miró abstraído por unos segundos cuando, el hombre que antes había visto sentado a lo lejos sobre la arena, se cruzó en

su ángulo de visión. Parecía caminar hacia donde estaba su ropa amontonada formando una pequeña duna. La segunda ola lo atrajo hacia el fondo, hallándolo esta vez, totalmente desprevenido. Abrió los ojos bajo el agua, solamente podía distinguir espuma y arena revueltas. Cándido luchaba por salir a la superficie con la ayuda de sus brazos y piernas que eran como espadas cortando el agua pero el mar tiraba con mucha fuerza hacia dentro, succionándolo desde su tolva submarina escondida en las profundidades del océano. El agua parecía estar ganando el combate cuerpo a cuerpo cuando unas manos lo agarraron súbitamente por un hombro sacándolo a flote. Cándido respiró al fin. Luego un brazo lo rodeó por debajo de las axilas y se mantuvo firme apretándole el pecho hasta que Cándido estuvo tumbado sobre la arena. Tendido boca arriba, inspiró más profundo y comenzó a toser compulsivamente. Irguió la espalda y, sentado, siguió convulsionando durante unos segundos. Cuando finalmente fue dueño de la situación, aunque seguía tosiendo a intervalos, se encontró ante sus ojos con un hombre atlético que tendría la misma edad que él. Cándido le sonrió.

—Uno no debe nunca darle la espalda al mar —le dijo aquel chico con gesto serio—, y menos después de la primera ola. Siempre viene la segunda.

—Muchas gracias —expresó Cándido carraspeando antes y después.

—¿Eres nuevo aquí? —preguntó el joven.

—Sí, acabo de llegar —contestó Cándido al tiempo que la tos parecía serenarse—. Nunca había

visto el mar. En el arroyo de mi pueblo no hay olas, ¿sabes? Y aunque no sepas nadar, te las apañas —se excusó.

—Yo nunca aprendí a nadar —dijo el chico divinando la línea del horizonte y haciendo una pausa—. El mar te enseña, pero lo más importante es no darle nunca la espalda. Se lo toma como una ofensa y te atrapa.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez —dijo Cándido sonriendo con gratitud—. ¿Tú eres de aquí?

—Sí, de aquí de toda la vida. Nadie me saca de la tierra —respondió aprisa—. ¿Tú por qué te has ido de la tuya?

—Soy ferroviario y me han destinado aquí —dijo Cándido mientras se ponía en pie—. Muchas gracias por salvar a un ahogado —continuó al mismo tiempo que le ofrecía la mano para estrechársela.

Cándido lo miró a los ojos azules oscuros, del mismo color que el mar que tenía ante él.

—De nada —dijo el chico dándole la mano a su vez. Se las apretaron de forma firme y sincera—. Yo siempre estoy en la playa. Así que, si vuelves, por aquí nos vemos.

Cándido se aproximó al lugar donde había dejado su ropa. Se vistió en un suspiro mientras su nuevo amigo se alejaba caminando despacio por la orilla. Después emprendió su marcha pasando por delante del grupo de jóvenes. Estaban bebiendo vino y parecían muy alegres. No habían advertido nada de lo que acababa de suceder a muy pocos metros de su pequeña reunión. Cándido miró por última vez hacia la costa. El joven que lo había sacado del agua se

había vuelto a sentar a lo lejos, sobre una pequeña duna junto a la orilla, el mismo lugar en el que lo había visto al llegar a la playa. En ese momento, el chico giró la cabeza hacia Cándido y se dijeron nuevamente adiós con la mano desde la distancia.